

que en esta nueva ocasión iban pendientes de una guindaleta y remolcados por *La Cordelière*.

Uno de los días de aquella eterna navegación, cuando el cielo estaba más tranquilo, empezó á soplar un viento



retozón, que á poco se convirtió en vendaval deshecho; el día se obscureció como si le hubieran metido en tinta; la mar alborotada escupía hacia el cielo emborrascado el frágil armadijo del *Colima*; las dos señoras lloraban encomendándose á Dios; los hombres permanecían callados,

de barriga sobre el entrepuente... No tardaron en anunciar que el buque hacía agua, que no tenía gobierno, que sólo le salvaría el poderoso apoyo de la fragata, hecha de seguro á soportar estos malos ratos... Los presos se pusieron á la brega, unos á las bombas, otros á cuidar el velamen, los otros á ayudar en sus tareas á la marinería; pero al fin, rendidos de hambre, de fatiga, de tristeza; mareados, hambrientos, enfermos, se tendieron en donde la fortuna les deparó, aguardando el momento de ahogarse...

Al amanecer despertaron en una radita pacífica y de fácil acceso; el día era tranquilo, la mar de leche, el sol picante, el calor fuerte. Esfumábase entre el vaho azulino del Océano una costa vaga, cerúlea, ornada á trechos de árboles de un verde obscuro que se desvanecía en las montañas que servían de término al paisaje.

— ¿En dónde estamos? preguntaron.

Pero no había quién les diera razón, ni tenían manera de desembarcar, pues no había ni un mal bote pendiente de los costados del pobre *Colima*, que por su salvación le debe un retablo á la Virgen de la Soledad de Santa Cruz. Al fin aparecieron dos canoas que se acercaban al buque preguntando si había carga que desembarcar.

— La había, dijo uno de los pasajeros, mas ahora la guarda el buque que nos conduce.

— ¿Qué buque?

— El que nos remolca.



— No hay buque ninguno.

En efecto, *La Cordelière* había desaparecido; roto el cabo que sujetaba los dos barcos, cada uno había tomado su ruta.

Pintarte el contenido de los naufragos, referirte sus comentarios, reseñarte sus proyectos, sería cuento de nunca acabar; basta que sepas que á poco desembarcaban en Chamela, puertecito de Jalisco, que allí comían, descansaban, se tranquilizaban y seguían su camino. Blas, que no había abandonado ni un instante *las de chivo*, se plantó en tierra satisfecho y empezó á comer, sin decir palabra, los plátanos que liberalmente le brindaban aquellos árboles.

Lo que sucedió después merece carta separada, que te enviaré el puntual

*Nigromante.*

DEL MISMO AL MISMO

Mazatlán y Noviembre del 64.

Fidel de mi alma: como decíamos no sé qué día de estos, nuestros amigos llegaron sanos y salvos, aunque no secos y hartos, al famoso puerto de Chamela, que probablemente no has oído mentar nunca, á pesar de todas las ocasiones que has sido ministro. Llegaron, y luego trataron de internarse en tierra de Jalisco, pues les importaba

evitar la persecución de los imperialistas. Contarte cómo cuatro de aquellos desgraciados se vieron en la precisión de comer coquitos de aceite por todo alimento, y cómo tuvieron que hurtar las acometidas de los tigres, las celadas de los deseosos de congraciarse con los traidores y las oficiosidades de los amigos, sin duda que te obligaría á componer una oda morrocotuda, y yo, que no quiero tan mal á las patrias letras, pongo punto en boca, temiendo que con tan ligeros apuntes te despepites y nos des un rato de órdago.

Altamirano, la bella Margarita y el buen Chavero se embarcaron en el primer patache que pasó por aquí. Nacho, que es grandilocuente y bien hablado como tú le conoces, me dijo con trágico ademán: «Dejo el terror y la intriga y la codicia á mis espaldas; el pobre Guillermo está indignado. Desde que salió de México ha visto muchos jugadores y pocos caudillos. Estas aguas me van á llevar á mi Acapulco, á mis costeros, donde no se ve una baraja sino para velar la vista del combate ó para celebrar la victoria. Permaneceremos firmes, independientes. Y si el viejo se acuerda de que fué el colaborador de Guerrero, moriría con gloria; á Diego toca esa herencia de lucha, de inmortalidad».

Los otros expedicionarios... los otros expedicionarios pasaron penas y horrores de que vale la pena que te enteres.



Blas empezó á notar, á las primeras de cambio, que el general Herrera y Cairo faltaba al compromiso acordado: enamoraba á Teresa, y lo que era peor, ella parecía recibir bien las amabilidades del simpático mozo. Lleno de cólera, de ira, de despecho, de rabia, el chistoso papi-niano llamó aparte al general y le dijo:

— Parece que usted enamora á Teresita, y que ella...

— Ella y yo hacemos lo que nos da la gana, contestó el otro, que cabalmente traía la panza llena de copas.

— Es que...

— ¿Es qué?

— Es que hay compromiso pendiente y...

— ¿De qué compromiso habla usted, señor menguado?

— Del que contrajimos de no enamorar á Teresa, señor altanero.

— ¡Eso acabó ya, hombre de Dios!, exclamó Herrera riéndosele en las barbas al licenciado.

— Pues entonces... me considero hábil para decirla lo que me parezca.

— Sí, hombre, dígaselo usted, que no dudo iré á caer rendida ante sus chivarras.

— Mis chaparreras no tienen que ver en el asunto.

— En el asunto tiene que ver toda la persona de usted, que es de lo más cómico. Usted cree que va á pasar á la historia con todo y chaparreras.

— Lo que yo crea ó deje de creer poco le importa á usted.

— Y tan poco, que le dejo á usted allí plantado y diciendo impertinencias.

— ¿Impertinencias? Vea cómo habla, señor general; creo que eso no me lo repite usted en lugar solitario...

— Solitario y poblado, como usted lo desee.

— Le aguardo esta noche en el cementerio.

— Estaré puntual.

Anacleto Herrera y Cairo siguió bebiendo como una cuba; Blas José Gutiérrez Flores Alatorre fué á hacer sus aprestos de guerra, y para el efecto reunió todas las pistolas, sables, fusiles, mosquetes, yogas, bocamartias, tercerolas, trabucos, pólvora, balas, cortadillos y municiones de agua y balero. A las nueve llegó al panteón del pueblo de la Purificación, punto donde pasaban los hechos de esta verídica historia. Depositó cerca de una tumba todo su arsenal, y se sentó á aguardar á Anacleto, que en aquel momento se desprendía de los brazos de Teresa y se echaba entre pecho y espalda la trigésima novena copa de rojeño. A las doce llegó el general, y empezó á trepar la tapia del panteón, sin pensar que el otro estuviera allí. La noche era negra como la conciencia de Almonte; los árboles cuchicheaban no sé qué cosas al acercar sus copas, y luego de hacerse largas reverencias se separaban murmurando y decididos á no acercarse más... Otro golpe de viento les unía, sacando de sus hojas un zumbido monótono que se prolongaba hasta lo más distante de los cerros



lejanos, devolviéndole centuplicado y ampliado hasta causar terror.

En medio de aquella negrura Blas distinguió ó creyó distinguir un bulto que se deslizaba por la pared.

— ¿Quién va? preguntó con voz de fagot.

— Yo voy, jijo de la...

— Pues tenga, tal por cual...

Y empezó á disparar tiros en la dirección en que oía las voces.

— Ahora verás, chivarrudo indecente, respondió Anacleto fusilando á las pobres cruces, pirámides y obeliscos del cementerio.

Como un cuarto de hora duró el fuego graneado, hasta que Herrera cayó herido.

— Levántese, compañero, que mi honor ya está satisfecho, exclamó Blas con hidalguía.

— ¡Muela á su madre, desgraciado! rugió Anacleto disparando el último tiro de su arma.

Pero como no hizo negro (que blanco no podía hacer) se entregó en manos del vencedor, que le condujo hasta el pueblo poniéndole en manos de Teresa.

Y en manos de Teresa le dejaremos, que para la otra tengo algo famoso que referirte: *paulo majora canamus*.

Tuyo.

*El Nigromante.*



— Yo voy, jijo de la...



## DEL MISMO AL MISMO

Guaymas, Febrero de 1865.

¿Te acuerdas de aquella octava real de mi invención?

Mira á los de Sonora. Tienen llena  
 De harina cada bolsa. Es su pinole;  
 Su desayuno, su comida y cena;  
 Su agua fresca, tortilla, pan y atole.  
 A veces comen carne, pero ajena;  
 Les gusta asada, y para boda en mole:  
 Más ilustrados son en Sinaloa;  
 Suelen comer la carne en barbacoa.

Pues sujeto al régimen de pinole me encuentro, Fidel amado, sin que me consuele del apartamiento de la carne más que la consideración de que siendo uno de los enemigos del alma debo abominarla como á mis propias culpas. Pero aquí no se trata de alimentación, sino de algo mejor que el pan y que todos los productos de la naturaleza y de la industria.

Se trata, ¡oh Fidel! de una batalla ganada, de una batalla en que hemos obtenido algo que no sea un parte rimbombante, una comunicación de machote, varios ascensos y una derrota efectiva, entera y verdadera. Rosales, aquel Rosales de quien te he hablado tantas veces, acaba de dar la zurra hache á los franceses, que llegaban más *bombásticos* y más faroleros que nunca.

Ya sabes que Mazatlán se encuentra desde los fines del



FONDO EMERITARIO  
 VALVERDE Y TELLEZ